

raros que tengo demasiada vanidad para ser zelosa... ¡á pesar mio conocéis toda mi flaqueza!... echó á llorar Zeólida al decir esto.

— ¡Siempre quejas! ¡siempre llantos! exclamó Filamir...

Apénas lo hubo proferido, cuando conoció el efecto que debia producir semejante expresion en el corazon de la Princesa, y se puso á sus piés. Colérica Zeólida le desvió de sí: sois, le dijo, inhumano. No me amáis, no, ó á lo menos sois incapaz de amar como yo amo... decid, si podéis, lo contrario... — ¡Ah! si pudiese... — ¿Con que ya confesáis que no me amáis?... — ¡Oh Zeólida! no acabéis de desesperarme... No tengo una alma tan pura y sensible como la vuestra; pero os tengo todo el afecto de que soy capaz... — Ya entiendo... Solo me conserváis alguna estimacion... — Si no he pronunciado el nombre de amor, ha sido porque vos misma me lo habéis prohibido... — Sí, pero eso era ántes de venir aquí... al pronunciar estas palabras se sonrojó, y volvió el rostro para ocultar su confusion. Filamir sonriéndose, y tomándole una mano, se la besó tiernamente; Zeólida la retiró, y le dijo: Decidme por vida vuestra, ¿cómo es posible que no habiendo visto mas que una sola vez á esa *dama tan bella*, deseáis con tanto ardor volverla á ver? — No lo deseo *con ardor*... — ¿Pero no habéis dicho que *me sacrificaríais* el gusto de hablar con ella? — Es cierto: si hubiese podido valerme de otra expresion no hubiera empleado esa. — ¿Con que en fin, no procurando ver á esa mujer haréis un sacrificio? — Sí: porque es amable, y entendida: su trato me hubiera dado mucho gusto; siento esta privacion, y no puedo ménos de decir que vuestros zelos... — ¡Mis zelos! interrumpió Zeólida airada: ¡qué expresion! ¡qué lenguaje!... ¡pero ojalá no fuera cierto! os he dejado conocer que estoy zelosa; yo misma me riño este movimiento... Si no estuviésemos en este funesto Palacio nunca lo hubiérais sabido.

Algunos dias despues de esta conversacion, paseándose Filamir muy de mañana, como acostumbraba, vió venir hácia sí á la hermosa Mirza, al parecer muy sobresaltada. Acercóse al Príncipe, y llena de inquietud y timidez le dijo: ¡Ah señor! perdonad... me hallo en un conflicto... hace una hora que ando buscando una cartera que se me ha perdido: ¿os la habéis encontrado? — No, señora; y siento infinito esa pérdida al ver cuanta afliccion os causa... — Es que en ella está mi secreto... — ¡Vuestro secreto! — He cometido la imprudencia de escribir en ella algunos versos en que explico mis

penas... pero no debo decir mas: á Dios, señor: si la casualidad hace que halléis mi cartera, os suplico encarecidamente que me la volváis sin abrirla... — Así lo ofrezco; mas por si tengo la fortuna de hallarla, espero me digáis dónde podré veros. — Mañana volveré á este mismo sitio. Diciendo estas palabras se aparta de él, y volvió dos veces la cabeza para mirar al Príncipe, que la seguia con sus ojos, y que suspiró cuando la perdió de vista.

Empezó Filamir á buscar la cartera: registró todo el jardin; pero fué en vano: al mediodia se encaminó hácia Palacio, y á la entrada encontró á Crisal, Aristeo y Zoram, que estaban en conversacion. Admirado de verlos tan unidos se acercó á ellos, y les dió el parabien de la buena armonía que reinaba entre ellos. ¡Ah señor, exclamó Crisal, nuestro comun riesgo es el que nos hace tan amigos! — ¿Pues cómo? — No podíamos estar en mayor peligro aunque hubiésemos sido traidores al Estado... no hay medio de librarnos; somos perdidos sin recurso. — Explicáte. — El Genio quiere juntarnos esta tarde para leernos un drama que ha compuesto. — Quizas será bueno... — Nuestra desgracia pende en que es detestable; habrá seis meses que le oímos, y entónces hicimos creer á Fanor era una obra maestra. — Ahora comprendo vuestra pena. Sin duda intenta el Genio probaros, y ver si le engañásteis. — Nada de eso; lo peor del caso es que tiene una entera confianza; juzga que le hemos adulado en todo ménos en esto. — ¿Pues qué causa le mueve á leeros una obra que ya habéis oido? — Ha mudado várias escenas, y ademas acaban de llegar dos famosos literatos, y grandes poetas, y para admirarlos y confundirlos intenta leerles su drama. — Y bien, ocupado en examinar á los literatos, no os preguntará nada. — Es verdad; pero es menester reir, y llorar en esa maldita comedia: ¿y cómo hemos de hacerlo? al instante se conoce en este Palacio si las lágrimas son verdaderas. — ¿Y creéis que no sea fácil el engañar á un autor? En efecto, añadió Aristeo, no puede haber encanto tan poderoso que impida á un autor el creer que son ciertas las alabanzas y aprobaciones que se dan á sus obras, sea por razon de buena crianza ó por adulacion. Confianza, amigos míos, no hay que temer; callaremos si nos es posible, y espero que el Genio no sabrá leer en nuestros semblantes. Ademas, añadió Filamir, que toda su atencion la empleará en los autores recién venidos: toda su cólera caerá sobre ellos, que hablarán sin descon-

fianza, pues creo que no estarán informados de la virtud del Palacio. — No, señor, y para que no la sepan los han puesto en cuartos separados de los demás huéspedes. — ¿Han venido juntos? — No, señor; y ya se sabe que son contrarios, y por lo mismo los han puesto en distintos cuartos.

No habia acabado de decir Crisal estas palabras, cuando vieron que venia á ellos el Genio. ¿Apostaré, le dijo, que estabais hablando de mi drama? — Sí, señor, dijo temblando Zoram. — Bien sé, prosiguió Fanor, que no hablaríais mal de él. Me acordaré toda mi vida de la situacion en que os vi cuando lo leí; pero hoy os encantará mucho mas: he mudado algunas cosas, y ha quedado sublime. Me parece que los dos literatos se han de quedar espantados... Como no conocen la virtud del Palacio hablarán con toda libertad; ya veréis la envidia y admiracion que manifiestan. ¿Qué os parece? — Á decir verdad ningun autor, señor, puede envidiaros... — Á causa de mi nacimiento: ¿no es eso? pues os aseguro que eso no importa nada. Habrá un año que leí mi drama á un hombre muy hábil, pero que tambien compone; no pudo disimular su envidia: me alabó con tibieza, de mala gana, y lleno de turbacion: me movió á compasion el ver lo que estaba padeciendo. ¡Vaya que es extraña cosa el amor propio de semejantes autores!... Por lo que á mí toca, me hago justicia, y no me engaño, no: várias veces en el discurso de mis dias me habrán engañado, pero en este punto jamas: ¿y por qué? porque eso es imposible.

Estas razones y esta confianza hacian estremecer á los tres cortesanos. Se entraron todos, finalmente, en el Palacio, y despues de comer Fanor hizo avisar á Learco y Tarsis (que así se llamaban los dos literatos) que estaba pronto á recibirlos. Learco vino el primero; Fanor le hizo algunas preguntas acerca de Tarsis. Le aborrezco, dijo Learco; no obstante el principio de mi odio me obliga á disimular sagazmente, quiero parecer equitativo; le infamo en secreto, y le alabo en público, pero de un modo artificioso: no es mi intencion hacerle justicia, solamente quiero persuadir que no se la niego del todo. Acercándose entónces el Genio al oído de Crisal, le dijo: Ya le estás oyendo, mira el efecto de la envidia de que hablaba poco há: ahí verás si conozco bien el corazon humano.

Á este tiempo entró Tarsis; y Fanor, despues de un rato de conversacion, despliega su manuscrito, los dos autores se sientan en

frente de él, los cortesanos, y Filamir á sus lados, y entónces les dice: Antes de empezar la lectura, bueno será preveniros que esta obrita es una obra maestra. Sí, dijo Learco, así se acostumbra; nunca se comienza una lectura sin decir ántes un equivalente de esa frase. Por lo demas, señor, bien podéis estar seguro de que no diremos una palabra conforme á lo que pensemos, y que os llenaremos de elegios. Esta respuesta dejó á Tarsis confundido; no concebía que Learco hablase con tanto atrevimiento é indiscrecion. El Genio se sonrió: Sí, dijo, cuento del todo con vuestra sinceridad, y en efecto estoy seguro de que tendréis que alabar por fuerza esta obra. Sabed, pues, que debéis llorar mucho en el primero y segundo acto, reventar de risa en el tercero y cuarto, y admirar el quinto: por lo demas, el estilo de esta pieza es correcto, fácil y puro; los caracteres naturales y bien sostenidos; la trama hecha con mucho arte, y el desenlace admirable. — Esto sí que es hablar con claridad, exclamó Tarsis; por lo comun se piensa, y á veces se dice todo eso, pero de un modo ambiguo y enredado. Mas quiero la especie de orgullo que vos, señor, manifestáis; á lo ménos es propio para un carácter de comedia, y podría hacer amar la modestia. — Es verdad, respondió Fanor, que cuando estoy en mi Palacio no puedo ménos de hablar como pienso: ya conozco que extrañaréis mis razones, pero ahora se verá que no exagero cuando me alabo á mí propio; dice, y al punto comienza su lectura.

Como era preciso llorar durante los dos primeros actos, apénas habian oido veinte versos, cuando los áulicos sacaron sus pañuelos, tapándose la cara con ellos. El Genio se detenía é interrumpía casi á cada verso: Notad, les decia, que esto es muy profundo, este pensamiento es nuevo... esta reflexion filosófica; hablaba tanto y se alababa de manera, que los oyentes no podian decir una sola palabra. Los dos autores se esforzaban para manifestarse muy atentos, y aprobando la industria de los cortesanos, hicieron lo mismo cubriéndose los rostros con sus pañuelos. Fanor no cabia en sí de gozo al ver tremolar todos los pañuelos; cuando llegó el tercer acto, Vaya, les dijo, enjugad vuestras lágrimas: ahora voy á divertirlos.

Entónces fué menester reir, y Fanor dió el ejemplo. ¡Qué gracioso es esto!... ¡Qué sal, qué agudeza he puesto en este paso! exclamaba á cada instante; hay tal cual cosa algo libre, y algunos

equivocos no muy decentes; pero son del gusto de nuestro siglo, y sin ellos no se puede hacer reir á nadie. Es muy difícil conciliar la decencia y la alegría; yo no tengo otro fin que el de gustar, y que me alaben; por tanto me paro poco en la moral y buenas costumbres, y las sacrifico sin escrúpulo siempre que se me presenta un dicho gracioso, ó puedo hacer una pintura gustosa. — Eso es muy natural, dijo Learco, lo mismo hacemos nosotros; no obstante es menester, siquiera por el bien parecer, poner en sus producciones (por mas licenciosas que sean) unas cuantas frases sentenciosas y morales. Despues de una pintura muy libre y muy indecente, da gusto encontrar un elogio de la virtud: la misma disparidad hace que guste mas... — No hay duda, interrumpió Fanor; ya veréis que conozco este primor del arte: doy fin á mi drama con cuatro versos que hacen saber á los espectadores que me he propuesto *un fin moral*, y puedo aseguraros, sin que sea vanidad, que no he tenido mas fin que el de ostentar un talento superior, y hacérselo creer á los que oigan mi pieza. Vamos ahora al cuarto acto. — Señor, preguntó Tarsis, ¿tendremos que reir todavía? — Mucho; pero silencio, escuchad:

En las tres escenas con que finalizaba el acto, Learco y Tarsis probaron várias veces á reir, y el Genio inclinándose hácia Zoram le dijo en voz baja: ¿No reparas de qué mala gana rien? ¡La envidia se los come! Mas me agrada eso que cuantos elogios podrian darme, porque mi amor propio es muy fino. Luego que se acabó la lectura, el Genio se levantó estregándose las manos: Ahora, dijo riendo, estos señores se explicarán, y veremos lo que sienten en su alma — Señor, dijo Learco, estoy fuera de mí de miedo. — Y yo tambien, añadió Tarsis. — Ya, ya me lo pensaba yo, dijo Fanor maliciosamente... — Señor, es tan difícil poderos alabar... — Eso es decirme que os faltan expresiones; ya ese es un elogio que vale por otro... — No he visto, señor, cosa mas loca, ni disparatada... — Que mi tercero y cuarto acto, ¿no es verdad? y en efecto no exageraba cuando os dije que os parecería eso mismo. Crisal, prosiguió el Genio, confiesa que es gran cosa oirse decir todo esto en este Palacio. Y tú, Tarsis, ¿no dices nada?... — Señor, si fuese por envidia... — ¿Y bien, exclamó el Genio trasportado de alegría; y bien, Zoram, no te lo habia yo dicho? Ya le oyes; está comiéndose de envidia. Pero no quiero abusar mas tiempo de la necesidad en que

estos pobres se hallan de que leamos en sus corazones; estoy satisfecho, y no es justo humillar sin necesidad á nuestros semejantes.

Despues de esta reflexion despidió á los dos literatos. Luego que se fueron, el Genio continuó hablando con los cortesanos sin hacerles pregunta ninguna, porque no tenia la menor duda: solo les habló de su gloria, y de la satisfaccion que acababa de tener. Finalmente, los áulicos salieron libres á costa de un buen susto, y luego que se retiró Fanor: ¿Tenia yo razon, dijo Aristeo, en esperar que escaparíamos de este riesgo? Todas las ilusiones cesan aquí, pero el orgullo es el mas poderoso de todos los encantadores: en efecto, no puede compararse aun ni la ceguedad del amor con la de un autor que se ha dejado corromper de la lisonja de la vanidad.

Al amanecer del dia siguiente se encaminó Filamir al sitio en donde habia visto á Mirza; no la halló, y entre tanto se paseó. Al cabo de un cuarto de hora vió entre la yerba una hoja de papel escrita de letra de mujer; ¡cuál se quedó al leer unos versos amorosos, en los cuales hablaba Mirza, y expresaba todo el amor que le tenia!... ¡Oh desgraciada y demasadamente amable Mirza, exclama el Príncipe; esta es sin duda una de las hojas de su cartera!... El viento la habrá arrancado... ¡Ay de mí! ¡Este es el secreto que Mirza queria ocultarme!... ¡Oh, y qué peligroso es para mí haberle sabido!...

Á este tiempo descubre á Mirza, y vuela hácia ella... ¡Ah, señor, dijo Mirza, acabo de encontrar mi cartera... pero le falta una hoja... ¡Oh Dios, qué veo!... ¿No es la que tenéis en las manos?... ¿La habéis leído?... ¡Desventurada Mirza, ya han llegado tus males á su colmo!... Al decir estas palabras se deja caer en el suelo, y parece que va á desmayarse. Penetrado el Príncipe, y fuera de sí, pone una rodilla en el suelo: ¡Oh Mirza, exclama con voz interrumpida, en qué horrorosa turbacion me habéis puesto!... Es posible... ¿Me amáis?... — ¡Ah cruel! puesto que habéis leído ese papel, ya no puede mi silencio ocultaros mi debilidad... Sí, os adoro... ¡Ay de mí! Solo vos me habéis inspirado la mas violenta, la mas tirana de todas las pasiones; no podré vencerla, lo conozco: este amor me acompañará al sepulcro, ó mas bien me precipitará en él. No puedo ser vuestra; habéis entregado á otra vuestro corazon; sabéis mi secreto, y no me queda mas consuelo que morir... — ¡Morir! ¡oh cielos!...

¿Quién, yo? ¿yo sería causa de vuestra muerte?... Antes... ¡oh Mirza! ¿podréis comprender todo el horror de mi situación?... próximo á unirme con el vínculo mas sagrado... — Demasiado lo sé... á ser posible que quisiérais romperlo, yo no lo consintiera: Zeólida es digna de haceros feliz: el amor no me puede hacer injusta: Gelanor me ha hablado varias veces de la Princesa; yo le escuchaba gustosa: no atreviéndome á alabaros, me complacian los elogios del objeto que amáis; Zeólida os ama: ¿cómo he de poder aborrecerla?... — ¡Qué heroicidad!... ¿Qué no aborrecéis á vuestra rival?... — Sin ella no podríais ser feliz: daría mi vida, si fuese preciso, por salvar la suya... ¡Ah Mirza, qué admiración me causáis!... — Á Dios, señor... ya habéis leído en mi alma, y no puedo dejar de deciros (y acordaos que es en el Palacio de la Verdad) que os amaré hasta mi último suspiro, y que reinaréis para siempre en un corazón tan virtuoso, tan puro como noble y sensible: incapaz de ambición, ni de zelos, hubiera podido haceros feliz, sí... Á Dios, amado Príncipe, á Dios... — ¡Ah, ya no puedo resistir!... ¡Adorable Mirza!... ¿qué, pensáis en abandonar este Palacio?... sé que vuestros tres meses se han cumplido... ¡y yo tengo que estar aquí todavía tres semanas!... — Al punto huiría si Gelanor no estuviese enfermo: mi asistencia le es precisa, eso me detiene... Pero exijo de vos que no iréis á ver á Gelanor, y os pido también que no digáis á nadie el secreto que me habéis arrancado. No se puede mentir aquí; pero se puede callar, y no responder. Á Dios, señor... ¡por la última vez!... Al decir estas palabras se aparta precipitadamente: quiere el Príncipe detenerla, pero Mirza, con imperio y majestad, le manda que no la siga, y Filamir la obedece gimiendo.

La admiración, la lástima, la belleza y entendimiento de Mirza hacían una guerra cruel en el corazón de Filamir á la fidelidad que debía á Zeólida: además, su amor propio contribuía no poco al verse tan satisfecho. Inspirar un amor tan violento á una persona tan virtuosa y heroica, le parecía á Filamir un triunfo tan dulce como glorioso. El amor iba á matar á la bella y sublime Mirza, no lo dudaba el Príncipe, y Zeólida podría consolarse... Esta reflexión se presentaba á menudo en su imaginación, y con todo amaba á Zeólida. Confesaba que la Princesa era muy inferior á su rival, y al mismo tiempo hallaba en ella un encanto indefinible que Mirza no tenía. Zeólida le atraía, se grababa en su corazón; Mirza le deslum-

braba, y le trastornaba el juicio, pero era muy superior á él; en fin, no sentía al pensar en su amor la dulzura que llenaba su alma cuando se acordaba del de Zeólida. No obstante, no queriendo descubrir el secreto de Mirza, huía de Zeólida con cuidado. Zeólida echó de ver que Filamir temía estar á solas con ella: la razón y la vanidad la determinaron á no buscar á un amante que huía de ella. Después de tantas pesadumbres, inquietudes, tormentos y combates, empezaba Zeólida á padecer ménos; había perdido demasiadas ilusiones, para que el amor no estuviese ya casi apagado en su pecho.

Pasaron, en fin, aquellas tres semanas, y Filamir vió el día en que se había de marchar del Palacio de la Verdad. En tanto que la Princesa se despertaba, quiso ir, por la última vez, al sitio en el cual había hablado á Mirza, y la había escrito, pidiéndola encarecidamente se hallase en él. No se atrevía á esperar que la virtuosa Mirza consintiese en admitir su despedida: ¡cuál fué su gozo cuando de improviso la vió llegar! Mirza manifestó mucha sorpresa al verle; quiso huir, Filamir la detuvo. Señor, le dijo, yo creía que habíais marchado ya de aquí, y volvía á este sitio demasiado grato á mi alma... — ¿Pues qué, no habéis recibido mi carta?... — No, señor... — Sintió mucho Filamir no deber sino á la casualidad la ventura de volverla á ver; le dijo todo lo que el agradecimiento mas tierno puede inspirar á un corazón sensible. Mirza lloró, y manifestó unos sentimientos tan heroicos, y al mismo tiempo tan amorosos, que el Príncipe enajenado se arrojó á sus piés, y no pudo explicar su admiración sino con sus lágrimas... En aquel instante oye un ruido en las hojas, vuelve la cabeza... ¿Quién podrá decir el espanto que sintió al ver á su lado á Zeólida?... La Princesa, inmóvil de dolor y asombro, enmudece; Filamir confundido no se atreve á hablar: Mirza toma la palabra, y hablando con la Princesa le refiere toda su historia. Ya veis, señora, prosiguió, que no tengo nada de culpa, ni temo que mi misma rival pueda leer en mi alma: no solo no os aborrezco, sino que siento vivamente todo lo que debéis padecer en este instante; tanto me hacen padecer vuestros males como los míos propios. Filamir siente perderme, esto no podemos ocultároslo; pero os ama, y si intentase faltar á la palabra que os ha dado, yo, yo misma se lo estorbaría. Voy á dejarle, no le volveré á ver... este esfuerzo me costará la vida... pero mi honor y fama es antes que

todo, y ántes que mi amor... — ¿Pues cómo es posible, dijo Zeólida, que una pasión que la razón desaprueba pueda tener tanto dominio en un pecho como el vuestro?... Á Dios Filamir, prosiguió la Princesa, os vuelvo la libertad, y recobro al fin la mía; renunciando á vos, renuncio para siempre al himeneo... Á Dios, y plegue al cielo haceros feliz.

Deteneos, Zeólida, exclamó Filamir, fuera de acuerdo. — Andad, señor, le dijo Mirza con voz débil, id á detenerla, abandonad á la desventurada Mirza: ¡mi rival no os ama ya, y vos la adoráis!... ¡Ah, si me fuese posible derramando toda mi sangre volveros su corazón ya que no podéis vivir sin ella! — ¡Oh Mirza, qué heroísmo!... Sí, vos sola merecéis... ¡Pero Zeólida!... Ni yo mismo puedo comprender lo que pasa en mi alma!... — ¡Ah cruel! ¿cómo podéis dudar entre una mujer que ha dejado de amaros, y la tierna y desgraciada Mirza?... Si ahora, que la esperanza había nacido en mi corazón, me abandonáis, me veréis morir aquí de dolor... ¿Pero qué he dicho?... ¡Oh cielos! me avergüenzo... ¡Ah! no me es posible ocultaros mis pensamientos más recónditos; dejadme que huya... — No, no seré tan inhumano, que deje en los brazos de la muerte á la persona más virtuosa y amable... — ¡Gran Dios, qué escuchó! replicó Mirza; si queréis que viva me prometéis, no hay duda, vuestra mano... La respuesta del Príncipe fué un diluvio de lágrimas. Ea, pues, amado Filamir, añadió ella vivamente, salgamos de este Palacio, apresurémonos, no perdamos tiempo...

Hablando así, Mirza arrebatada de gozo apresura el paso, y lleva consigo al Príncipe, que vertía dos arroyos de lágrimas. Ya estaban cerca de las puertas del Palacio, cuando de improviso se les presenta el venerable Gelanor. Al verle Mirza, se estremece: Ah Príncipe, dijo, huyamos: no queráis escuchar á ese caduco... Deteneos, les gritó el filósofo, deteneos; en vano es vuestra fuga, las puertas están cerradas. Al oír Mirza estas terribles palabras, pierde el color, y sus piernas trémulas no pueden mantenerla; Gelanor se acerca, y agarrándola del brazo le dice: Vuelve, pérfida, el talisman que yo te había fiado, ó si no te denuncio, y te entrego á la venganza de Fanor. No había remedio; sacó Mirza de la faltriquera una caja de cristal, y se la dió á Gelanor: entonces este, volviéndose á Filamir: Escuchad ahora, señor, le dice, á esta mujer por quien habéis dejado á Zeólida; habla, Mirza, prosiguió el anciano, habla, yo te lo

mando. — Digo, respondió Mirza, que no tenía yo más que la apariencia de virtuosa: la ambición y la vanidad me han inspirado el deseo de seducir á este Príncipe débil y crédulo. — Ya basta, dijo Gelanor; Mirza, ya estás libre.

Huye Mirza, y Filamir levantando los ojos al cielo, exclama: ¡Oh Zeólida!... ¡Desventurado de mí! ¡qué he hecho!... ¿pero cómo podía yo resistir á una compasión tan natural? — ¿Sabéis, señor, lo que la hacía tan fuerte y viva? vuestro orgullo. Si hubiéseis tenido menos vanidad, hubierais podido pensar, que si el amor es dolencia peligrosa, á lo menos no es mortal. Hubierais conocido asimismo que la compasión no debe hacer quebrantar una promesa solemne... — ¡Ah Gelanor! ¿qué haré?... Aconsejadme; sed mi protector, sed mi guía. — No me parece que el mal es sin remedio. Ya Fanor sabe todo el caso, ahora mismo está con la Princesa para mitigar su enojo, y persuadirla que os conceda un perdón generoso. Luego que lo haya conseguido os enviará á buscar... — Entre tanto, deseo me digáis, cómo el talisman que Fanor había regalado á la hermosa Azelia, estaba en poder de la artificiosa Mirza. — En pocas palabras os lo diré.

Cuando Azelia se fué de aquí, al despedirse de mí pidió á Nadir el talisman, y me lo dió diciendo: Gelanor, yo os lo entrego, pero con la condición de que nunca se lo habéis de volver á Fanor, y que solo se lo prestaréis á mujeres, siempre que su virtud pueda librarlas de algún grave riesgo. Esto me dijo la amable Azelia. Tomé el talisman, y me he conformado con las miras benéficas de Azelia. ¡Cuántas mujeres, en los diez y ocho años que han pasado desde entonces, se han preservado por él de la indignación de sus maridos! Aquella á quien yo lo entregaba guardaba el secreto exactamente, por su propio interés, y ántes de salir del Palacio me lo volvía. De este modo ha pasado de mujer en mujer, y hasta hoy ningún hombre ha sabido este secreto.

En fin, habrá cuatro meses que paseándome por los jardines encontré á una hermosa dama que lloraba amargamente; era Mirza. Supe de ella que habiendo llegado aquella mañana, acababa de saber por casualidad la virtud del Palacio: Tengo un marido, prosiguió, que está con una enfermedad mortal; pocos días le quedan de vida: ha sido feliz conmigo, pero le he engañado; si me hace preguntas, sus últimos instantes serán crueles, y quizás querrá ven-

garse ántes de morir... Disipé los temores de la bella Mirza fiándole el talisman; á poco tiempo murió su marido entre sus brazos, dando mil gracias al cielo que le habia dado por compañera á la mas virtuosa de todas las mujeres. Ya viuda me suplicó Mirza le dejase el talisman todo el tiempo que tenia que estar aquí, para conservar su reputacion, que una pregunta indiscreta podia quitarle si no tenia aquel precioso preservativo.

Manifestó cobrarme cariño; era amable y entendida; su compañía no dejaba de gustarme; no obstante, conocí cuán peligrosa podia ser para otro cualquiera, puesto que con tanta hermosura y talento tenia la posibilidad de ocultar sus pensamientos: por tanto la exigí que viviese retirada, y cuando llegásteis le mandé que no saliese de su cuarto: como yo era dueño de su secreto me temia, y tenia que obedecerme. Á esta sazón caí enfermo, y Mirza con el pretexto de asistirme, dilató su partida. Ayer la vi sobresaltada; tuve algunas sospechas, pero callé. Habíame mandado el médico estar algunos días en cama, y Mirza lo sabia; pero esta mañana me vestí, y vi á la Princesa, que me refirió todo lo que habia pasado. Al punto fui á prevenir al Genio, que ha hecho cerrar las puertas del Palacio. La Princesa ignora la perfidia de Mirza: he convenido con Fanor que no le hablaria del talisman, á fin de que vos, si queréis, podáis serviros de él para volver á ganar el corazón de la Princesa.

Al acabar esta narracion, el filósofo entregó á Filamir la caja de cristal. Á este tiempo llegó un criado de parte del Genio á buscar á Filamir, el cual temeroso é inquieto fué volando al cuarto de la Princesa. Luego que la vió se precipitó á sus piés, la descubrió el engaño de Mirza, le enseñó el talisman, y dejándole sobre una mesa prosiguió: Me era fácil, ocultándoos lo que he dicho, y guardando ese talisman, persuadiros que no he seguido á Mirza, y que he resistido á todas sus artes seductoras; pero aunque no pueda renunciar á vuestra mano sin perder para siempre mi felicidad, quiero aun mas perderos que engañaros. Sí, confieso que he sido seducido, que me he visto arrastrado de un ciego impulso. ¡Oh Zeólida! ya no me inspiráis aquel amor ciego, aquella pasión impetuosa que sentia ántes de venir aquí, pero os amo como os amaré toda mi vida: sin vos no puedo ser feliz, y vos sola podéis hacerme venturoso.

Al oír estas palabras, la amable Zeólida alargó una mano á Filamir, que la estrechó entre las suyas con el mayor afecto. Los senti-

mientos que me mostráis, le dijo, bastan á mi felicidad: si este Palacio no destruyese mas que las ilusiones del amor, no me arrepintiera de haber querido habitarlo; pero el aire que en él se respira es nocivo aun á la amistad. Vamos, Filamir, vamos; dejemos para siempre esta peligrosa morada. Diciendo esto se levanta, Filamir la sigue; los dos amantes van á juntarse con el Genio y la Reina, y salen del Palacio.

Pero apenas estaba toda la comitiva fuera del triste Palacio de la Verdad, cuando advirtieron con indecible asombro, que las paredes de cristal se iban oscureciendo, hasta que perdiendo su transparencia se convirtieron en pórfido y mármol de una blancura hermosísima. Entónces se apareció el Rey de los Genios, y dirigiendo sus palabras á los dos amantes: Ya está el encanto destruido, les dijo, podéis volver á habitar ese nuevo Palacio, en el cual hallaréis todas las ilusiones precisas para la felicidad. Pero que la memoria del Palacio de la Verdad os sirva de preservaros de las desconfianzas injuriosas, y os enseñe á reprimir los impulsos de una indiscreta curiosidad; no olvidéis, finalmente, que la confianza en el trato, y la amable indulgencia, son los vínculos mas dulces para unir los corazones.

FIN.